

CHARLES DE FORBIN-JANSON (1785-1844)

Charles de Forbin-Janson nació en París en 1785, en una familia noble de militares. Solo cuatro años después, la revolución francesa obligó a sus padres al exilio en Alemania, lo que le llevó a experimentar, desde niño y en su propia piel, la vida del refugiado, la persecución, la inseguridad, el miedo y la pobreza. Este es uno de los muchos «detalles» significativos que, desde el principio, describen su biografía en torno a dos polos: la impotencia de la infancia y la misión como paradigma de apostolado.

Después de regresar a París y recibir la primera comunión, el adolescente Forbin-Janson mostró gran sensibilidad caritativa al inscribirse en una asociación que ayudaba a los más desfavorecidos en las cárceles y hospitales. En la capilla del seminario de las Misiones Extranjeras de París, donde tenían lugar las reuniones, pudo escuchar noticias sobre la misión en China. De este modo, y de forma discreta, la dimensión misionera hizo su aparición de manera explícita. Charles tenía por delante una carrera prometedora ya que Napoleón lo había nombrado supervisor del Consejo de Estado. Sin embargo, al percibir la llamada de Dios, no se dejó seducir por estas perspectivas y en 1808 ingresó en el seminario de San Sulpicio, en París. Ordenado sacerdote en 1811, y después de otros destinos iniciales, terminó regresando a París, donde se ocupó con alegría de la formación cristiana de los niños de su parroquia.

El apasionado apostolado que llevó a cabo se manifestó de manera especial en su dedicación a las «misiones populares», para revivir la fe en la Francia descristianizada posrevolucionaria. En este período se destacaron sus talentos de elocuencia, así como su amor y su generosidad, que lo llevaron a renunciar a sus propias ropas para dárselas a los más necesitados. Esta fase finalizó con su partida a Tierra Santa en 1817.

En 1824 Charles de Forbin-Janson fue consagrado obispo de Nancy y Toul, en el noreste de Francia. En aquel tiempo, mantenía un contacto muy cercano con los misioneros que le escribían y le pedían su ayuda. Pero no solo eso: también estaba al corriente de la situación de las misiones en China: él mismo había acariciado la idea de ser misionero. De hecho, cuando la nueva revolución de 1830 lo obligó a abandonar su diócesis, se dirigió al Papa para pedirle que lo enviara al Extremo Oriente. Pero, aunque Pío VIII asintió a su petición, su deseo no pudo llevarse a término.

Mons. Charles de Forbin-Janson continuó realizando una gran actividad caritativa y asistencial, hasta que un nuevo evento providencial le permitió seguir libremente su inclinación a la evangelización *ad gentes*: invitado por los obispos misioneros, se fue a América del Norte y se quedó allí de 1839 a 1841. En Canadá, en medio de una naturaleza espectacular, desarrolló su predicación entre las tribus nómadas, y más tarde también visitó los Estados Unidos. Mientras tanto, aumentaron sus deseos de crear una fundación en favor de las misiones.

A su regreso a Francia, seguían impresionándole las noticias sobre muchos niños —y especialmente niñas— de China que, abandonados o asesinados fríamente, morían sin siquiera poder recibir el bautismo. Eran las agonizantes solicitudes de ayuda lanzadas por los sacerdotes de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de París, de la que él mismo había pensado formar parte. La idea de salvar la inocencia de los niños en tierras de misión a través de la inocencia de los niños cristianos comenzaba a forjarse. Los dos polos de su vida definitivamente entraron en contacto: la infancia y la misión.

Con estas preocupaciones, en el verano de 1842, Mons. Charles de Forbin-Janson fue a Lyon para hablar con Pauline Jaricot, la joven laica que, veinte años antes, había sentado las bases de la Pontificia Obra de la Propagación de la Fe. A partir de este diálogo decisivo, comenzó a vislumbrar la manera de organizar la ayuda a los niños en China, que terminó concretándose en un «doble gesto» de los niños de su diócesis: la recitación diaria del Ave María, más una breve oración para los niños de la misión, y la ofrenda de una moneda al mes.

El obispo se consagró a este proyecto para movilizar a niños cristianos en beneficio de sus hermanos en tierras de misión; una obra que, con el nombre de «Santa Infancia» –refiriéndose a la infancia de Jesús– fue fundada el 19 de mayo de 1843. Esta era la respuesta a una inquietud que había durado casi 40 años. Para extender esta iniciativa, viajó a su tierra natal y llegó a Bélgica, donde recibió el apoyo de los Reyes y del Nuncio Mons. Gioacchino Pecci, futuro papa León XIII. La Santa Infancia fue recibida muy bien en Francia y recogió adhesiones en todo el mundo, pero también tuvo que superar algunas dificultades. Contrariamente a cuanto temían los más desconfiados, la nueva Obra no se debilitó, sino que por el contrario reforzó las actividades de la Propagación de la Fe y anticipó las de San Pedro Apóstol –fundada en 1889– cubriendo aspectos vocacionales que posteriormente fueron tomados como propios por esta última.

En la contemplación de la infancia del Señor, Mons. Charles de Forbin-Janson descubrió una manera excepcional de acceder al misterio de la Encarnación, hacerse uno con Cristo y compartir su amor salvador. En los pasajes del Evangelio en los que Jesús se refiere a los niños, encontró «un nuevo lenguaje de enseñanzas y ejemplos» desde el cual brilla «su voluntad formal de devolver a la infancia sus derechos despreciados y aumentar sus privilegios».

Para explicar la importancia de la Obra y organizar su funcionamiento, cuatro meses antes de su muerte, anunció la creación –que tendrá lugar en 1846– de los Anales de la Santa Infancia, una especie de correspondencia bidireccional entre los niños de las Iglesias más consolidadas y los de las misiones.

Mons. Charles de Forbin-Janson murió cerca de Marsella en julio de 1844, cuando la Santa Infancia no tenía siquiera un año y medio de vida. No pudo cumplir su sueño de viajar a China, una vez puesta en marcha la Obra, ni tampoco llegó a ver las expediciones de las religiosas que, a partir de 1847, y en línea con otra intuición suya, cuidarían maternalmente las necesidades de los niños más desfavorecidos en las misiones. Su iniciativa fue apoyada inmediatamente por los pontífices. Este apoyo sigue vigente

desde hace 175 años y todavía puede resumirse en las palabras de aliento que Gregorio XVI dirigió al obispo en sus comienzos: «Continúe con la fundación de la Obra. En verdad, es la Obra de Dios. Tiene nuestra bendición». En 1922, por concesión de Pío XI, recibió el título de «Pontificia».

